

otro; pero negar á Napoleón el título que había llevado doce años, que el mundo entero le había reconocido, que la misma Inglaterra le había dado, en 1806 negociando en París por el ministerio de lord Lauderdale, en 1814 negociando en Chatillon por el ministerio de lord Castlereagh, era una resolución desprovista de dignidad y, como se verá, de verdadera prudencia.

En este siglo en el que hemos visto á tantos príncipes pasar desde el trono al destierro, desde el destierro al trono, cualquiera que hablando de Luis XVIII, ó de Carlos X, despojados de su corona, se hubiese atrevido á negarles su título real, hubiera sido acusado de ultrajar augustos infortunios. Es cierto que estos príncipes herederos de una larga serie de reyes eran los representantes de lo que hay más respetable en el mundo, la posesión antigua y muchas veces secular; pero el genio (por supuesto en el grado que se manifestó en Napoleón) era un título tan respetable como éste, y los soberanos que habían fundado en él la excusa de su humildad en presencia del emperador de los franceses, de su premura en buscar su alianza, en confundir su sangre con la suya, no podían negar su valor moral; y no queriendo reconocer en Napoleón más que la fuerza bruta, un momento feliz, autorizaban á los pueblos para decir que ellos mismos no habían hecho otra cosa que ceder bajamente á esta fuerza.

Privando al vencido de Waterloo del título de emperador, no legitimaban ó consolidaban á Luis XVIII sobre su trono; por el contrario, disminuía el prestigio de la soberanía, probando que ésta era una cosa casual, que se daba ó se quitaba según los caprichos de la fortuna. No faltará quien pretenda que privar á Napoleón de sus títulos era sólo infligirle puros tormentos de amor propio, que apenas tienen derecho de interesar á la posteridad y sobre los cuales hubiera sido más digno de su parte mostrarse indiferente. Es verdad que si no hubiera sido ostensible la intención de humillarle, hubiera podido consolarse de no ser en la lengua de los vivos más que el general Bonaparte; pero al vencido á quien se quiere humillar se le impone el deber de resistirse á la humillación, y además, negando á Napoleón las calificaciones con que había costumbre de designarle, se creaba una causa de incesantes controversias, que debía aumentar los rigores de su cautiverio y hacer pesar sobre la memoria de los ministros británicos una acusación de persecución que no ha dejado de molestar á sus hijos, porque cuando las pasiones de una época se extinguen, nadie querría haber ultrajado al genio.

Así pues, con arreglo á estas resoluciones, se decidió que Napoleón fuese calificado con el simple título de general y considerado como prisionero de guerra; que fuese desarmado lo mismo que los oficiales de su séquito, de los cuales sólo tres podían acompañarle, excluyendo de este número al general Lallemand y al duque de Rovigo, considerados como peligrosos; que se registrasen sus efectos y los de sus compañeros, ocupándose el dinero, la vajilla y las alhajas que llevasen con el fin de privarles de todos los medios que pudiesen facilitar una evasión; que fuesen inmediatamente conducidos á Santa Elena, en donde Napoleón podría habitar un espacio determinado, bastante extenso para que pudiese pasear á caballo. Un oficial le seguiría en el caso de que quisiese traspasar los límites de este espacio.

Repetiremos sucesivamente que eran legítimas todas las precauciones que se tomaban para impedir cualquier evasión del ilustre cautivo, al mismo tiempo que para castigar las inquietudes que ocasionaba al mundo; pero negarle el título que la posteridad le reconocerá, registrar sus efectos, designarle el número de compañeros de destierro y quitarle la espada, eran inútiles indignidades, porque, ¿qué es lo que podían hacer tres, cuatro ó seis personas con sus espadas y algunos miles de luises ocultos en sus maletas? ¡Ah! No era la espada, que jamás había usado, lo que debían quitar á Napoleón, sino su genio, y puesto que no podían arrebatárselo más que matándole, lo que Blücher había querido hacer, lo que los ministros de la libre Inglaterra no se habían atrevido á desear, lo que ninguno de los soberanos de la Europa hubiera ordenado, bueno era encadenarle para sostener el reposo universal, pero sin agravar inútilmente el peso de sus cadenas, sin añadir á este suplicio incalificables ultrajes.

Se decidió además que pasase Napoleón á bordo del *Northumberland*, excelente navío de alto porte, porque el *Bellerophon* era demasiado viejo para emprender una larga travesía; que le escoltase una división compuesta de navíos de varias dimensiones; que el almirante Cockburn se encargase del mando de esta división y del primer establecimiento que debería hacerse en Santa Elena para recibir en él á los prisioneros. Se recomendó al almirantazgo que no emplease en ejecutar estas órdenes más que el tiempo absolutamente necesario para que el *Northumberland* estuviese en estado de darse á la vela, porque era incómodo tener en Plymouth un objeto de apasionada curiosidad y corría prisa librar de él á la Inglaterra y á la Europa.

Una vez adoptadas estas resoluciones, fueron comunicadas á Plymouth, con orden á lord Keith para que las transmitiese á la persona interesada. Ya había llegado hasta Napoleón el rumor de lo que pasaba, los periódicos hablaban de ello, y no se sorprendió porque esperaba que no le tratarían como á un príncipe inofensivo; pero este rumor causó un vivo dolor en sus compañeros de infortunio, que se vieron condenados á separarse de él ó á enterrarse todos vivos en la tumba de Santa Elena. Lord Keith, acompañado del secretario de Estado Bunbury, se presentó á bordo del *Bellerophon*, y dió lectura á Napoleón de las disposiciones que se habían tomado respecto de su persona. Napoleón le escuchó con indiferencia y dignidad, y terminada la lectura expuso á lord Keith, sin acalorarse, pero con firmeza, las razones que tenía para protestar contra los acuerdos del gobierno británico. Dijo que no era en modo alguno prisionero de guerra, porque se había trasladado voluntariamente á bordo del *Bellerophon*; que no había verificado este acto impelido por la necesidad, porque le hubiera sido fácil ponerse al frente del ejército del Loira y prolongar la guerra indefinidamente; que hasta hubiera podido, renunciando á prolongarla, escoger entre sus enemigos otra potencia que la Inglaterra para entregarse á ella; que si se hubiera abandonado al emperador Alejandro, su amigo personal que fué durante mucho tiempo, ó al emperador Francisco, su padre político, ninguno de los dos le hubiera tratado como los ingleses le trataban; que no se había rendido más que para acabar con los males de la humanidad, y

que por el aprecio que profesaba á la Inglaterra había acudido á pedirle un asilo; que no justificaba esta nación el honor que le había hecho, y que la conducta que observaba para con un enemigo desarmado, apenas contribuiría á su gloria futura; que en vista de todo esto, protestaba contra la infracción del derecho de gentes cometida en su persona, que apelaba á la nación inglesa, y se separó de lord Keith con la arrogancia propia de su grandeza, que no estaba á merced ni de los caprichos de la fortuna ni de la violencia de sus enemigos.

Sin embargo, sintió profundamente los indignos detalles añadidos á este decreto de detención perpetua, pronunciado contra él. Era demasiado previsora para no conocer que este arresto era para la Europa un derecho y una necesidad, pero sintió vivamente las humillaciones gratuitas con que agravaban su cautividad, tales como la de pensar en quitarle su espada, su título soberano y algunos restos de su naufragio. No dijo nada, pero resolvió no admitir los indignos tratos que querían infligirle aun cuando se expusiese á llegar de este modo á la última extremidad. Su primer proyecto había sido tomar alguno de esos nombres prestados que los príncipes adoptan en ciertos casos para simplificar sus relaciones; pensó llamarse el coronel Muirón, en memoria de un bizarro oficial muerto en el puente de Arcole por cubrirle con su cuerpo; pero al ver que le negaban el título que la Francia le había dado, que la Europa le había reconocido, que su gloria había legitimado, no quiso facilitar á sus enemigos la tarea de humillarle, ni dejar que se invalidase con su consentimiento el derecho que la Francia había tenido al nombrarle su jefe. Persistió en calificarse de emperador, y en cuanto á entregar su espada, estaba decidido á atravesar con ella el corazón del que se atreviese á intentar arrebatársela.

Cuando volvió á ver á sus compañeros de infortunio después de recibir las comunicaciones del gobierno británico, les habló con calma, y les rogó que consultasen antes que nada sus intereses de familia y sus afectos, en el partido que debían tomar. Los halló á todos decididos á seguirle á cualquier parte que le destinasen, conformándose con su consentimiento el derecho que la Francia había tenido al nombrarle su jefe. Sintió mucho la exclusión pronunciada contra los generales Lallemand y Savary, pero no podía oponerse á ella, y designó para que le acompañasen al gran mariscal Bertrand, al conde de Montholon y al general Gourgaud, limitándose su designación á tres personas, porque este era el número de compañeros de cautiverio que tenía derecho á elegir. No hay para qué decir que las señoras con sus niños podían acompañar á sus maridos y aumentar de este modo la pequeña colonia que iba á seguir á Napoleón á su destierro. Sin embargo, entre los personajes que habían ido á Inglaterra en su compañía, había uno al que apreciaba mucho, por más que sus relaciones fuesen recientes, el conde de Las Cases, hombre instruido, de agradable conversación, que hablaba perfectamente el inglés y que por haber sido oficial de marina podía ser muy útil en Ultramar.

Napoleón deseaba llevarle á Santa Elena, y él estaba dispuesto á seguirle á todas partes. Así es, que en vista de que las órdenes británicas, al limitar el número de los compañeros de destierro de Napoleón sólo hablaban de los militares, aprovechó esta circunstancia para hacer admitir á Mr. de Las Cases á título de empleado civil. Además le consintieron un médico y doce criados. Después de convenir en estos detalles se dispuso todo para que el desterrado y su séquito se diesen á la vela lo más pronto posible.

Apenas estuvo equipado el *Northumberland*, operación que se hizo bastante aprisa, y se halló en disposición de partir, fué conducido á la rada de Starpoint, en donde le esperaba el *Bellerophon* expuesto sobre sus anclas á un malísimo tiempo. Lord Keith, que procuró constantemente templar en su ejecución el rigor de las órdenes ministeriales, reservó para el momento en que partiera Napoleón de Europa el cumplimiento de las medidas más crueles, tales como el desarme de las personas y el registro de los equipajes. Se pidió la espada á los que la llevaban, y un agente de las aduanas registró los efectos, guardando en depósito el dinero y en general todos los objetos de algún valor. El fiel Marchand, ayuda de cámara de Napoleón, que con su buena educación, y su adhesión tan sencilla como modesta, le prestó después tantos servicios, tomó las más acertadas precauciones para conservar á su amo algunos recursos. Sólo quedaban al antiguo dueño del mundo los cuatro millones secretamente depositados en casa de Mr. Laffite, cerca de trescientos cincuenta mil francos en oro y el collar de diamantes, que la reina Hortensia le había obligado á aceptar. El collar fué confiado á Mr. de Las Cases, quien le ocultó en un cinturón. Los trescientos cincuenta mil francos fueron repartidos entre los criados y escondidos en sus ropas, poniéndose únicamente en evidencia la suma de ochenta mil francos, que fué ocupada por el agente de las aduanas. Como la indignidad de este proceder no llegó hasta el punto de registrar á las personas, los objetos ocultos no fueron descubiertos. Los demás se inventariaron para ser entregados á los prisioneros á medida que los necesitasen. Terminadas estas tristes formalidades, se trasladó á los prisioneros en los botes de la flota, y el capitán Maitland, acercándose con respeto á Napoleón, se despidió de él de un modo que no pudo menos de conmoverle. Por más que en su deseo de atraerle á bordo del *Bellerophon* hubiese prometido el capitán Maitland acaso mucho más de lo que esperaba, no había sido autor ni cómplice de la perfidia, y sentía sinceramente la suerte reservada al ilustre prisionero. Napoleón no le dirigió ninguna reconvencción, y hasta le encargó que saludase en su nombre á la tripulación del *Bellerophon*. En el momento en que pasaba Napoleón de un navío á otro, el almirante Keith con un pesar visible y el tono más respetuoso le dijo estas palabras: *General, la Inglaterra me ordena que os pida vuestra espada*. Napoleón le respondió con una mirada que indicaba hasta qué extremidad tendría que descender para desarmarle. Lord Keith no insistió y el emperador conservó su gloriosa espada.

Llegó el momento de separarse de los que no habían obtenido el honor de acompañarle. Savary y Lallemand se arrojaron en sus brazos, y les costó un inmenso tra-



bajo abandonarle. Napoleón les dijo estas palabras: «Sed dichosos, amigos míos... Ya no volveremos á veros, pero mi pensamiento no se apartará de vosotros, ni de todos los que me han servido. Decid á la Francia que hago votos por su felicidad...» Bajó después á la falúa almirante que debía conducirlo al *Northumberland*, adonde llegó escoltado por el almirante Keith. El almirante Cockburn, rodeado de su estado mayor y con sus tropas formadas, le recibió con todos los honores debidos á un general en jefe. Allí, como en todas partes, Napoleón, á quien sólo quedaba su gloria, pudo gozar del brillo que reflejaba en torno suyo. Aquellos marinos, aquellos soldados, no ocupándose de ninguno de los grandes dignatarios de su nación, le buscaban con los ojos, le devoraban con sus miradas. Le presentaron las armas, y Napoleón los saludó con una dignidad tranquila y afectuosa. Una vez terminada la traslación del prisionero, el almirante mandó levar el ancla acto continuo, porque la rada no ofrecía seguridad y además tenía orden de apresurar la partida. El *Northumberland* se dió inmediatamente á la vela el 8 de agosto de 1815, seguido por la fragata *Havane* y por algunas corbetas y bergantines llenos de tropas. Esta división se encaminó hacia el golfo de Gascuña para doblar el cabo Finisterre y descender en seguida al Sur á lo largo de las costas de Africa. Napoleón percibió á través de la bruma al salir de la Mancha las costas de la Francia, y las saludó con una viva emoción convencido de que las veía por la última vez.

El momento de partir es un momento de trastorno que aturde el corazón, que ofusca la inteligencia, estorbando que se sientan con toda su amargura las más crueles separaciones. Pero cuando la calma se restablece, cuando el que se ausenta queda solo, entonces es cuando el dolor se ensaña, cuando puede apreciarse en toda su extensión lo que se ha perdido, lo que se abandona, lo que nunca volverá á verse. Una tristeza muda y profunda reinó entre el escaso número de desterrados que la voluntad de la Europa llevaba á otro hemisferio. Sin demostrar una indiferencia afectada, Napoleón se presentó tranquilo, amable, sensible á las atenciones del almirante Cockburn, quien en el límite de sus instrucciones se hallaba dispuesto á endulzar en todo lo posible la cautividad de su glorioso prisionero. El almirante Jorge Cockburn era un viejo marino, alto, seco, absoluto, susceptible, celoso con extremo de su autoridad, pero bajo estas apariencias antipáticas ocultaba una verdadera bondad de corazón incapaz de aumentar el rigor de las órdenes de su gobierno. Hospedó á Napoleón en su navío del mejor modo que pudo, y procuró hacerle soportables las costumbres inglesas. Habiéndose prohibido que le diese el tratamiento de emperador, le llamaba *Excelencia*, pero modificaba, paliaba con sus maneras, con su galantería, cuanto este cambio tenía de ofensivo. Napoleón ocupaba en la mesa del almirante el puesto del comandante en jefe, y sus compañeros se sentaban á su lado con arreglo á su categoría. Los oficiales de la escuadra invitados por turno le eran presentados sucesivamente, y Napoleón les acogía con benevolencia, les dirigía preguntas relativas á su carrera valiéndose de Mr. de Las Cases como intérprete, no manifestaba admiración ni desdén hacia lo que veía, procuraba elogiar lo que había digno de elogio en los

navíos ingleses, y se presentaba sencillo, natural y tranquilo. Sólo una cosa le parecía incómoda y no lo ocultó á nadie, la duración de las comidas inglesas. Él que, impulsado por su ardiente actividad, no había podido, estando solo, permanecer sentado á la mesa arriba de algunos instantes, no podía resignarse á pasar horas enteras con los ingleses. El almirante no tardó en comprender que en presencia de semejante huésped debían ceder las costumbres nacionales, y apenas terminado el servicio, se levantaba con su estado mayor, asistía de pie á la salida de Napoleón, le ofrecía la mano si el puente del navío se movía demasiado por las olas, y volvía después con sus oficiales á continuar el cumplimiento de las costumbres inglesas.

Napoleón se paseaba entonces por el puente del *Northumberland*, unas veces solo y otras en compañía de Bertrand, Montholón, Gourgaud, Las Cases, y tan pronto permaneciendo silencioso como desahogando los sentimientos que llenaban su alma. Si estaba poco predispuesto á hablar, iba después de pasear un poco á sentarse en la proa del navío sobre un cañón que toda la tripulación no tardó en llamar el *cañón del emperador*. Allí contemplaba el azulado mar de los trópicos, y se veía avanzar hacia la tumba en donde debía sepultar su maravilloso destino como un astro que camina á su ocaso. Con efecto, no abrigaba la menor duda respecto del porvenir que le estaba reservado, y decía que allá abajo, hacia el Sur que buscaba su navío, encontraría, no un reposo pasajero, sino la muerte después de una agonía más ó menos duradera. Convertido, por decirlo así, en espectador de su propia vida, contemplaba las diversas fases por las que había pasado con una especie de asombro, tan pronto acusándose, como absolviéndose, como teniéndose compasión, del mismo modo que lo hubiera hecho tratándose de otra persona, siempre confiado en la inmensidad de su gloria, y siempre persuadido de que en los vastos horizontes de la historia del mundo no había casi nada igual á la original grandeza de su destino. Rara vez salía de estas largas meditaciones descontento ó irritado; más bien sentía el deseo, al abarcar el espectáculo de su vida, de referir á sus amigos las circunstancias más notables. Entonces se reunía con sus compañeros de infortunio, se dirigía á aquel cuyo semblante correspondía más á su impresión del momento, y le contaba cualquiera de sus actos, narración que era siempre escuchada con avidez. Cosa singular y que sin embargo se comprende: el principio y el fin de su carrera eran los episodios que ocupaban su mente. O hablaba del último suceso, que resonaba en su alma como un sonido violento cuyas vibraciones no habían cesado todavía, es decir, de Waterloo, ó bien fijaba sus miradas en los primeros y gloriosos pasos que había dado en Italia, pasos que habían encantado su juventud pronosticándole un porvenir tan grande como el que había realizado. Si cedía á sus más recientes impresiones y hablaba de Waterloo, era para preguntarse qué era lo que había podido extraviar á algunos de sus generales en aquella fatal jornada, é inspirarles una conducta tan extraña como la que habían observado. «Ney, de Erlón, Grouchy, exclamaba, ¿en qué pensabais?» Entonces, sin recriminar, sin procurar atribuir sus faltas á nadie, se preguntaba por qué razón había podido Ney, sin orden y con dos horas de anticipación, in-

tentar el golpe decisivo con la caballería, y sólo se explicaba este acto achacándole á la turbación que se apoderó de aquel guerrero heroico. En cuanto á de Erlón, un oficial de infantería tan excelente, no se explicaba el modo que había tenido de formar sus divisiones, pero por lo demás no ponía en duda ni su valor, ni su lealtad, ni sus talentos. Deploraba estos errores sin quejarse, y si se mostraba un poco más severo con alguno, era con Grouchy; porque las faltas de Ney y de Erlón no eran irreparables en su concepto, mientras que la de Grouchy había sido mortal. No dudando ni de su fidelidad ni de su valor, que podían ser puestos en tela de juicio, declaraba inexplicable su ausencia en Waterloo, y no sabiendo lo que nosotros hemos sabido más tarde, se deshacía buscando los motivos sin descubrirlos. Entonces acusaba á la fatalidad, dios silenciosos á quien los hombres acusan con facilidad porque no responde nunca; pero al penetrar en lo más hondo de su alma, veía perfectamente que esta fatalidad no era otra que la fuerza de las cosas en su reacción contra las violencias que había querido hacerle soportar. Por lo demás, parecía estar sinceramente persuadido de que si los ingleses hubieran sido vencidos en Waterloo, la Europa hubiera experimentado una profunda emoción; que aunque se mostraba implacable, probablemente hubiera hecho en vista de este suceso útiles reflexiones; que en todo caso, bajo la influencia del triunfo, los recursos que había preparado hubieran bastado para rechazar á su vez á los austriacos y á los rusos, y no reconociendo ni la gravedad de la situación, ni la inacción de la Francia, ni el encarnizamiento de la Europa, repetía con dolor que sin la torpeza de un hombre hubiera podido triunfar la causa nacional.

Sin embargo, no se ocupaba con gusto de esta cuestión, y cuando en él se suscitaba, era porque se hallaba aún bajo el imperio de impresiones demasiado recientes, demasiado fuertes para ser dominadas, como un hombre que después de caer en un precipicio no puede menos de buscar el mal paso que le ha conducido hasta allí. Mayor, mucho mayor, era su satisfacción cuando hablaba de los primeros años de su carrera, cuando hablaba de su educación en Brienne, de las muestras de genio militar que dió en el sitio de Tolón, de los placeres que le habían proporcionado sus primeros triunfos. Entonces se animaba y contaba con una brillantez, con atractivos que encantaban á todos los que le oían, el antiguo origen de su familia que se remontaba á las repúblicas de Italia, su preferencia instintiva por la Francia cuando se disputaban diferentes dueños la posesión de Córcega, su entrada en el colegio de Brienne, su afición al estudio, su naciente lógica que asombraba en un niño de su edad, su taciturnidad, su orgullo que le hizo insoportable el único castigo que mereció en la escuela, su porvenir más de una vez adivinado por alguno de sus profesores, su ingreso en el regimiento, sus relaciones en Valence, sus primeros amores hacia una señora que volvió á ver más tarde pudiendo sacarla de una penosa situación, su llegada á Tolón, y allí el principio de los goces de la gloria cuando rodeado de convencionales violentos, de generales ignorantes, comprendió con una sola ojeada el verdadero punto de ataque, el fuerte de la *Etoile*, obtuvo el permiso para apoderarse de él, y decidió con esta maniobra la reti-

rada de los ingleses. Entonces, ¡cuántos presagios venturosos, cuántos ensueños embriagadores que sin embargo había traspasado sus límites millares de veces la realidad! De este modo, después de consagrar la mañana á la lectura, terminaba el día en el puente del *Northumberland*, unas veces recorriéndole á grandes pasos, otras cautivando con sus narraciones á los que habían querido participar de su infortunio, y otras recostado sobre su cañón predilecto, mirando la estela del navío que le llevaba á su última morada.

Mientras que el tiempo se pasaba de esta suerte, habían atravesado el golfo de Gascuña, doblado los cabos de Finisterre y de San Vicente, y tomado la dirección de las islas africanas con un viento favorable, pero flojo. La navegación era lenta y el calor extremado. Napoleón sufría las consecuencias de estos inconvenientes sin quejarse. El 23 de agosto llegaron á Madera y quisieron detenerse en esta isla para tomar víveres nuevos; pero de pronto se presentó una violenta borrasca de viento africano que les obligó á echar la vela para no experimentar la tormenta teniendo anclado el buque. El huracán fué tal que la fragata *la Havane* y el bergantín *le Furet*, separados de la división, se vieron obligados á navegar á merced de los vientos. Después de cuarenta y ocho horas volvieron á fondear en Madera para embarcar los alimentos que necesitaban. Los habitantes maltratados por la última borrasca, y supersticiosos como buenos portugueses, atribuían á la presencia de Napoleón los daños que habían sufrido. Decían que era el hombre de las tempestades y que no podía presentarse en ningún lado sin llevar consigo la desolación. El 29 de agosto atravesaron los trópicos. El 23 de septiembre llegaron al ecuador, y es inútil decir que Napoleón sólo fué exceptuado de los usos á que los marinos someten á todos los que pasan la línea ecuatorial por la primera vez; pero los indemnizó mandando distribuirles quinientos luises, lo que llevó su alegría hasta el delirio. Los marinos del *Northumberland*, que no le conocían más que por las relaciones que hacían de él los periódicos ingleses, que durante quince años se habían esmerado en representarle como un monstruo, experimentaban al verle pacífico, amable, benévolo, una sorpresa creciente, y adivinando con su sencilla penetración su pesar contenido, pero visible, le daban infinitas y conmovedoras pruebas de simpatía. Ponían gran cuidado en que estuviera limpio el cañón sobre el cual acostumbraba á sentarse, y en cuanto él se acercaba, se retiraban ellos movidos por el respeto que les inspiraban su soledad y sus pensamientos.

Napoleón continuaba refiriendo los primeros episodios de su vida, su proscricción después del 9 thermidor, sus relaciones con los jefes del Directorio, las explicaciones que les daba diariamente al entregarles las partes que llegaban de los ejércitos, la opinión que les merecía su inteligencia de la guerra, la especie de entusiasmo que les inclinó á confiarle el mando de París en la jornada del vendimiario, y algunos meses después el del ejército de Italia, su aparición en Niza en medio de los viejos generales envidiosos de su elevación, pero pronto subyugados cuando le vieron colocarse por medio de un prodigio de habilidad entre los piemonteses y los austriacos, rechazar á los unos hacia Turín y á los otros hacia Génova, atravesar el Po y establecerse sobre



el Adige, en donde fué durante un año entero invencible para los ejércitos austriacos. Al recordar estos sucesos se animaba, tenía veintiséis años, recuperaba todo el fuego de la juventud; y ¡cosa singular! si sentía un verdadero placer en referir de viva voz sus maravillosas acciones, en proporcionarse de este modo una especie de visión óptica que reproducía ante sus ojos los tiempos de su juventud, no se hallaba inclinado á escribir sus recuerdos, todo lo contrario de lo que le había sucedido cuando su retirada á la isla de Elba. En aquella época, en el momento de abandonar á Fontainebleau, cruzó por su mente la idea de escribir su historia, como habían hecho otra porción de grandes hombres, y creyó que esta ocupación no sería indigna de las anteriores que habían llenado su vida. Pero entonces, cuando avanzaba hacia Santa Elena, ni su gloria, ni la de sus compañeros de armas parecía interesarle; y era porque había cambiado mucho desde su regreso de la isla de Elba, porque había descendido bastante al abismo en donde debía hundirse y terminar su gran destino. En la isla de Elba, el golpe de la desgracia era nuevo para él, le excitaba sin abatirle, porque sin que lo supiera y en el fondo de su alma se ocultaba una última esperanza; pero después de su reaparición el día 20 de marzo, después de Waterloo, ¿qué porvenir podía soñar aún? Aunque lograrse romper la pesada cadena con que los ingleses habían cargado sus manos, aunque lograrse atravesar sano y salvo el vasto Océano, ¿adónde podría dirigirse solo, sin contar siquiera con un puñado de hombres que le ayudasen á poner el pie en tierra? Y la Francia que le había aceptado al regresar de su primer destierro, ¿querría conformarse con un tercer ensayo, cuando el segundo había sido tan desastroso? El corazón humano lucha mucho tiempo antes de desprenderse de todas sus esperanzas, y apenas se halla en la historia el ejemplo de un alma bastante grande en la que se haya extinguido por completo la esperanza. Mario sobre las ruinas de Cartago, Pompeyo después de Farsalia, Aníbal después de la derrota de Zama, esperaban todavía y tenían motivos para esperar; pero después del desastre de Waterloo, ¿podía Napoleón esperar algo de la fortuna? No; y por esta razón ningún desaliento se ha asemejado al suyo, y si ocultaba la nada de su vida á sus fieles servidores, la comprendía profundamente, y en esta situación carecía de los medios para consagrarse al trabajo que exige una gran obra. Podía, sí, contar su historia de viva voz, cuando excitado por la vivacidad de sus recuerdos no tenía que hacer más que ceder á su elocuencia natural; pero coordinar estos recuerdos, precisar los sucesos de su vida, en una palabra, escribir su historia, era un esfuerzo para él, que no contaba con valor, ni lo que es más, con gusto. Renunciando para siempre á figurar en la escena del mundo, nada tiene de extraño que le fuese indiferente su manera de figurar ante la posteridad. Sus compañeros de destierro, entusiasmados después de oírle, le rogaban con frecuencia que escribiese lo que acababa de contar con tanta brillantez, con tanto fuego. Gourgaud, Las Cases, Montholon, Bertrand le suplicaban con insistencia que tomase la pluma; se ofrecían á tomarla ellos mismos y á escribir cuanto su ardorosa voz les dictase para dar al ocaso de su vida este noble y último empleo; pero Napoleón se resistía como si su gloria no

mereciese un esfuerzo de su parte. «Que la posteridad, decía, salga del paso lo mejor que pueda. Que busque la verdad si quiere conocerla; los archivos del imperio están llenos de datos fehacientes. La Francia encontrará en ellos sus monumentos de gloria, y si le interesan, que procure por sí preservarlos del olvido...» Después brotaba en su alma entumecida un destello de orgullo. «¡Tengo confianza en la historia, exclamaba Napoleón; muchos me han adulado, el momento presente pertenece á los encarnizados detractores. La gloria de los hombres célebres se halla expuesta como su vida á diversas fortunas; pero llegará un día en el que solamente el amor de la verdad animará á los escritores imparciales; en mi carrera se hallarán faltas sin duda alguna; pero Arcole, Rívoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, *son granito, y el diénte de la envidia es impotente para socavarle!*...» Napoleón, como se ve, demostraba tener una inmensa confianza en la historia, aun en el seno de la profunda, pero tranquila desesperación que constituía entonces el estado de su alma. Sin embargo, le decían que era preciso ilustrar á la historia, que sólo él podía hacerlo, que de lo contrario se perdería una porción de sus grandes pensamientos, que la redacción de sus recuerdos sería un noble y útil alimento de su poderosa actividad, y que por lo demás le ayudarían todos á levantar este precioso monumento. Poco á poco, á fuerza de escuchar las mismas exhortaciones, y sobre todo á fuerza de desaliento, concluyó por recuperar la afición á algo, porque el corazón humano, ó abandona la tierra, ó de permanecer en ella acaba por consagrarse á algún objeto, y puede á veces hallar un último placer, regando plantas ó arreglando relojes como Diocleciano ó Carlos V. Napoleón accedió, pues, á emprender la carrera que se había propuesto llevar á cabo al dirigirse á la isla de Elba.

No pudiendo dominar el ímpetu de su inteligencia hasta el punto de obligarla á seguir los movimientos demasiado pausados de su mano, no conseguía escribir, ó si escribía trazaba caracteres ilegibles. Decidió en vista de esto dictar, empezando su relación por las campañas de Italia, empleando con este objeto la pluma de Mr. de Las Cases. Su proyecto era distribuir las diversas partes de su historia entre sus compañeros de destierro, para que todos participasen del honor de este trabajo, y tuviesen el tiempo necesario para revisarlo y ponerlo en limpio. Sin embargo, oprimido por los recuerdos de Waterloo, y como para desahogar su corazón, decidió dictar al general Gourgaud la relación de la campaña de 1815, y comenzó inmediatamente esta parte de su tarea. No le faltaba tiempo, porque los esfuerzos que había hecho el almirante para abreviar la navegación la hacían prolongarse. En aquella época, en el estado en que se hallaba el arte náutico, apenas se atravesaba el ecuador, se dejaban llevar las embarcaciones por los vientos alisios hasta la vecindad de las costas del Brasil, y después, descendiendo hacia el Sur, se procuraba encontrar vientos varios de Oeste para volver á dirigirse á Santa Elena. El almirante Cockburn, deseoso de llegar cuanto antes por su huésped más que por él, imaginó seguir otro derrotero. Conservándose cerca de las costas de Africa y avanzando por el entrante del golfo de Guinea, se hallan algunas veces vientos varios de Oeste que empujan hacia el Africa, después

de los cuales, volviendo á encontrarse los vientos de Este, caminan las embarcaciones viento en popa hacia Santa Elena. El almirante adoptó, pues, esta dirección, medida que al principio le salió á las mil maravillas, porque se internó en el golfo de Guinea hasta tocar cerca del Congo; pero experimentó grandes tempestades, un calor sofocante, y calmas que hasta hacían murmurar á su tripulación. Napoleón, que no tenía gran interés en que se concluyese la navegación, porque para él llegar era pasar de una prisión á otra, empleaba el tiempo en dictar. Las mañanas las pasaba con Mr. de Las Cases ó el general Gourgaud, á los que dictaba tan pronto la relación de sus campañas de Italia como la de la campaña de 1815. Los dos, sin atreverse á interrumpirle, seguían su palabra lo mejor que podían, y después se retiraban para copiar de nuevo en caracteres legibles las páginas que habían copiado al vuelo, por decirlo así.

Al día siguiente las sometían á la aprobación de Napoleón, quien las leía atentamente, abreviando unas veces lo que estaba demasiado extenso, desenvolviendo otras lo que había expresado con brevedad, y poniendo un gran cuidado en la corrección del lenguaje, de la que con la edad se había hecho extremadamente celoso. Sólo una cosa le molestaba en su tarea, la falta de documentos á los que pudiese referirse, bien para establecer las fechas ó bien para dictar con exactitud ciertos detalles. Como todos los que han llevado una vida activa, teniendo que conservar en la memoria las fechas de los sucesos, se equivocaba algunas veces é invertía su orden, pero esto no sucedía con frecuencia. En cambio su memoria era infalible al tratarse del carácter de los acontecimientos, de su importancia, de los parajes, de los hombres, y unos y otros salían de sus labios bosquejados con una exactitud maravillosa. Sentía también no poseer sus órdenes, sobre todo sus cartas, que esclarecen en sumo grado todas sus operaciones, que aducen sus motivos, y que después de muerto facilitan los medios de hallar su pensamiento como si todavía viviera. Esta falta de datos le hacía desmayar á veces, sin separarle por esto de un trabajo que había llegado á ser su único recurso. No reposaba más que para entregarse á la lectura de obras cuyo objeto exclusivo eran las grandes producciones de la inteligencia humana. Marchand había tenido cuidado de llevar consigo su biblioteca de campaña, que por desgracia era muy poco numerosa. Un día, al mismo tiempo que expresaba el sentimiento que tenía por carecer de una biblioteca mejor provista, apercibieron un navío mercante que se aproximaba al *Northumberland*. Mr. de Las Cases se acordó entonces de la precaución que había tenido de enviar al Cabo un cajón de libros. «Acaso ese navío, dijo á Napoleón, es el que lleva mis libros.» Con efecto, no se equivocó, y el cajón, recogido al paso, puesto á bordo y abierto inmediatamente, proporcionó al ilustre cautivo, que ya no podía tener más goces que los de la inteligencia, una de las modestas satisfacciones que iban á constituir en lo sucesivo su felicidad.

Hacia ya setenta días que habían abandonado las costas de Inglaterra, y encontrando por fin vientos del Sudeste, que soplaban del Cabo, fueron empujados viento en popa hacia Santa Elena. El 15 de octubre al amanecer descubrieron á la distancia de doce leguas

marítimas un pico completamente rodeado de nubes; era el pico de Diana que domina la isla de Santa Elena. A cosa de las doce del día fondearon en la pequeña rada de *James Town* y apercibieron una costa triste, sombría, erizada de rocas que á su vez estaban erizadas de cañones. La fragata *la Havane* y el bergantín *el Furet*, separados de la división en Madera, habían llegado diez y siete días antes que el navío almirante. Anunciaron el próximo arribo de los prisioneros, transmitieron las órdenes de Londres, desembarcaron una parte de las tropas, y la isla, de ordinario pacífica, tomó de pronto un aspecto de guerra al acercarse el guerrero que estaba destinado á encerrar y consumir bajo su cielo abrasador.

La isla de Santa Elena es el resultado de una erupción volcánica que ha brotado en medio del Océano Atlántico, en el hemisferio Sur, un poco antes del trópico de Capricornio. La isla, que tiene de nueve á diez leguas de circunferencia, rodeada por todas partes de costas inaccesibles, presenta á la vista del viajero rocas salientes, áridas, elevando al cielo sus negruzcas frentes y dominadas por el pico de Diana que las sobrepaja en elevación. Ofreciendo Santa Elena en el seno de estas vastas llanuras del Océano el único punto capaz de atraerse los vapores, los fija en torno suyo y aparece en todo tiempo rodeada de nieblas. El volcán, padre de esta isla, ha tenido su cráter vuelto hacia el Norte, y este cráter, situado en la misma falda del pico de Diana, se presenta frío, pero cavernoso, al viajero que llega allí de Europa. Diversos lagos parten de él estrechos, largos, paralelos y que terminan en el mar como arroyuelos destinados en otro tiempo á llevar al Océano la lava, formando pequeñas ensenadas ó caletas, una de las cuales, algo más espaciosa que las otras, constituye el puerto de James Town, el único abordable de la isla.

Al lado del Sur se ven varias mesetas, separadas entre sí por barrancos profundos, cortados á pico á lo largo del mar, y por consiguiente inaccesibles y expuestas al viento Sudeste que sopla desde el Cabo. Así, pues, al paso que en los estrechos valles del Norte corre un poco de agua procedente de las nubes que congrega en torno suyo el pico de Diana, se ve en ellos verdura y se nota algún fresco, en el opuesto lado las mesetas vueltas hacia el Sur son incesantemente arrasadas por un viento cálido y seco, están desprovistas de agua y de musgo, apenas se ve en ella una raquítica vegetación siempre á merced del viento, y casi sin sombra bajo un cielo de los más ardientes. Tal es Santa Elena, cálida, ventosa, y seca en las mesetas inclinadas al Sur, un poco menos árida en los valles del Norte, triste en todas partes, no malsana para los cuerpos acostumbrados á vivir en la isla, pero mortal para el alma que ha visto correr sus días en medio de los espectáculos del mundo civilizado. En esta roca estéril, situada á una inmensa distancia de los diversos continentes, no hubieran podido hacer mucho los colonos, y en efecto, muy pocos de ellos han acudido á establecerse en Santa Elena. Sin embargo, como las embarcaciones procedentes de las Indias son llevadas á esta isla por el viento del Cabo, y como después de una larga travesía gusta al navegante echar pie á tierra, respirar el aire, ver la verdura, saborear algunas frutas, gustar algunos alimentos frescos, los convoyes de la compañía de las Indias se detienen en